



GUÍA DO PEREGRINO.8

Reflexións para vivir o
Ano Xubilar da Franqueira

La Virgen María en la vida de un monje cisterciense

Un monje cisterciense

Santa María de Oseira

*Todas las Iglesias de la Orden y todos los monjes están consagrados a al
Bienaventurada Virgen María, Madre y figura de la Iglesia en la fe, en la caridad
y en la perfecta unión con Cristo.*

(Constituciones de la Orden Cisterciense de la Estrecha Observancia. 3,4)

Algunos cristianos recelan de la devoción a la Virgen, a lo largo de la historia se ha criticado esta devoción como un añadido a la fe en Cristo, incluso algunos llegan a afirmar que no es más que la pervivencia de una religiosidad a la diosa-madre cristianizada. A otros les ocurre lo contrario, siguen el ritmo de ciertas devociones populares quedándose en la corteza de ciertas manifestaciones que más tienen de folklore popular que de religiosidad profunda. No obstante, ambas distorsiones no pueden hacernos olvidar el papel real de la Virgen María en los hombres que quieren seguir a Cristo.

Conviene recordar, pues, que la piedad del Pueblo de Dios hacia la Virgen forma parte del culto cristiano. Lejos de ensombrecer la alabanza que los fieles tributan a Cristo, único camino al Padre, la devoción mariana lo ensalza más aún. La Virgen María es ejemplo en el caminar de los fieles cristianos, y en ella encuentran a una generosa colaboradora en el cumplimiento del plan salvífico de Dios, en virtud de tal cooperación no dejan los cristianos de recurrir a su maternal ayuda y auxilio. Es ejemplo en el cumplimiento de nuestros deberes ordinarios y de corresponsabilidad con los planes de Dios sobre el mundo. Ella, sin pecado concebida, se convierte en intercesora y estímulo para los cristianos en su particular lucha contra el pecado. Ella, llena de Gracia, labrada sin resistencias por la acción del Espíritu Santo, abre la esperanza a los hombres que abrumados en nuestra peregrinación por este mundo, encontramos en María el cumplimiento total de nuestra esperanza en Dios.

No es de extrañar que todos los movimientos de auténtica reforma que se han suscitado en la Iglesia hayan tenido como inspiradora, como patrona y como ejemplo a la Virgen María. Toda renovación espiritual del cristianismo ha sido una ocasión en la que el Pueblo de Dios ha redescubierto el papel de la Virgen María en el creyente. Así fue cuando en el año 1098, cuando una veintena de monjes se adentró en los pantanosos bosques del Císter con deseos de imitar a Cristo pobre y vivir con radicalidad al Regla de San Benito en la que encontraban su modo particular de vivir el Evangelio, no dudaron en tomar a la Virgen María como Madre de aquel movimiento de renovación eclesial y monástica. Tras el ingreso de san Bernardo en 1113 en Císter con sus

parientes y amigos, la espiritualidad cisterciense, (espiritualidad benedictina renovada) propagó por toda Europa una encendida devoción a la Virgen María.

Pero una vez más, debemos subrayar que esta renovada devoción a la Virgen María era la feliz consecuencia de una espiritualidad centrada en el Misterio de Cristo encarnado en el seno de María, quien se hizo la primera discípula de Cristo; cuando recibió el anuncio del ángel Gabriel; cuando presentó en el templo a su Hijo; cuando intercedió en las Bodas de Caná en favor de los novios; cuando perseveró junto al discípulo amado al pie de la Cruz, dejándose traspasar por el dolor de ver a su Hijo torturado y agonizante; cuando después de la Resurrección aparece junto a los apóstoles en la oración. La vida de María es la vida del perfecto seguimiento a Cristo. San Benito, en su Regla, le presentó al monje axiona: No anteponer nada al amor de Cristo. ¿Quién vivió mejor esto sino la Virgen María?. Al pie de la cruz, Cristo dio al discípulo amado lo que más amaba: su propia madre. Sabemos que el discípulo amado es el prototipo del creyente. El discípulo amado no es sólo aquel Juan que en los años 30 del Siglo I permaneció al lado de Cristo en la prueba del dolor y del abandono. Es también todo creyente que amante y amado de Jesús quiere unir al itinerario de su existencia a la existencia y presencia de Cristo crucificado y resucitado.

Un monje cisterciense no es otra cosa que un pobre que peregrina en este mundo entre las tribulaciones de esta vida y el consuelo de las Escrituras; un monje cisterciense es un pobre hombre alcanzado por Cristo, herido de amor y deseoso de alcanzar a Dios, revelado en Cristo, como fuente del verdadero y único amor, que lo derrama en el corazón por medio del Espíritu. Es una experiencia común en todo enamorado de Cristo encontrar en la Virgen María una Madre dada por Cristo, un ejemplo, una intercesora, una Maestra.

La jornada de un monje cisterciense está transida de la presencia mariana. Antiguamente se rezaba el Oficio Parvo antes de las Vigilias, más conocidas como Maitines. Después de los Maitines se toca el primer Ángelus, en la que se recuerda la encarnación del Hijo de Dios en el seno de la Virgen María, Dios quiso que el “Fiat” (“Hágase en mí según tu palabra”) de María fuese el inicio de la Vida de Cristo, de la misma manera que hoy con nuestro “Fiat” a Dios es la continuación de la acción de Cristo en nosotros y en nuestro mundo. El Ángelus es un triple toque de campana con tres pausas en cada toque. Este Ángelus se repite a Mediodía y después de Completas cuando el monje se retira a dormir. Si bien el antiguo Oficio Parvo de la Virgen no está incluido en la actual liturgia, después de cada Oficio Divino (Maitines, Laudes, Tercia, Sexta, Nona, Vísperas, Completas) se entona una antifona mariana que recuerda al monje que Dios cuando redimió a la humanidad en Cristo por el Espíritu Santo, quiso valerse de la Virgen María.



En la madrugada, al terminar los salmos de Maitines, todavía de noche, el monje entona en latín: “Oh, qué admirable comercio el Creador del género humano tomando cuerpo y alma se ha dignado nacer de una Virgen y haciéndose hombre nos ha regalado su divinidad.” Después el monje marcha a entregarse a la Lectura de la Palabra de Dios, imitando a la Virgen María que recibió la Palabra de Dios, la guardó y dio a luz al mismo Dios. Al amanecer, cuando sale el sol y canta el Oficio de Laudes, que durante la semana se integra con la Eucaristía diaria conventual, el monje termina el Oficio de alabanza poniéndose al amparo de la Virgen María con esa preciosa pieza gregoriana dando música a una de las oraciones

cristianas y marianas más antiguas del cristianismo: “Sub tuum praesidium configemur... bajo tu amparo nos acogemos santa Madre de Dios, no desprecies nuestras súplicas, antes bien líbranos de todo peligro Virgen Gloriosa y Bendita”.

Empiezan las labores diarias, el monje deja su lectura de la Palabra de Dios y de los grandes maestros espirituales de la cristiandad y, antes de trabajar, va a la alabanza litúrgica de Tercia, entre las 9 o las 10 de la mañana, tras el breve Oficio litúrgico en monje canta a María su sagrada y latente presencia en la Historia de la Salvación, con una antifona latina que dice: “En la zarza que Moisés vio arder sin consumirse reconocemos tu virginidad milagrosamente conservada...”. Terminan las labores de la



mañana, el monje cisterciense acude al coro a alabar a Dios cantando el Oficio de Sexta, es mediodía. Cuando termina, vuelve a recordar la presencia de la Virgen María en la Historia de la Salvación: canta “Ha brotado un renuevo en el tronco de Jesé, una estrella ha nacido en la casa de Jacob, una Virgen ha dado a luz al Salvador, te alabamos Dios nuestro” vinculando el nacimiento de Cristo con las profecías del Antiguo Testamento. Es mediodía, todas las campanas de la Cristiandad con su triple retocar recuerdan el Anuncio del Ángel Gabriel a la Virgen María. Es un momento de profundo recogimiento: hoy también nos presenta Dios con un mensaje, una palabra que acoger, el recuerdo del acontecimiento de la humilde casa de Belén es una ocasión para dar lugar hoy también a un acontecimiento de Salvación en nuestro mundo con la conversión de nuestra vida.

Después de la refección y un tiempo de descanso, el monje, antes de reanudar sus labores, vuelve al coro a cantar Nona, alrededor de las 3 de la tarde. Al terminar el Oficio canta la antifona mariana latina: “María ha dado a luz al Salvador, Juan dijo al verle éste es el Cordero de Dios que quieta el pecado del mundo”, es el Misterio escondido desde antiguo y manifestado a los hombres y confesado por Juan Bautista. Después del trabajo y un intervalo de tiempo para recogerse en la lectura y la oración, al acabar la tarde – entre las 6,30 o 7- el monje canta el Oficio de Vísperas, al terminar entona una preciosa antifona que varía según el ciclo litúrgico del año, ya sea Adviento, Navidad, Cuaresma, Pascua: en todas estas antifonas se deja ver lo que la Virgen es para el monje: “puerta del cielo siempre abierta... Tú que engendraste a tu santo Creador... recibe el saludo del Ángel Gabriel y ten misericordia de nosotros pecadores... Salve oh hermosa doncella... Reina del cielo alégrate Aquel que mereciste llevar en tu seno... ha resucitado... Ruega por nosotros al Señor...”.

Al terminar el día y cantar el Oficio de completas, antes de retirarse al descanso nocturno, el monje entona la Salve en ella pide el monje la intercesión en su peregrinación por este valle de lágrimas, reconoce su humilde condición de hijo de Eva y canta la alegría de ser, en Cristo, Hijo de María. Esta preciosa oración fue compuesta por Pedro de Compostela o Hernan Contract, cuenta la leyenda que fue rematada por San Bernardo cuando en la catedral de Spira cuando las multitudes cantaban la Salve, San Bernardo cantó lleno de fervor: Oh Clemens, oh pía, oh dulcis María” más tarde se añadió “Virgo”.



Si bien hasta ahora hemos comentado la presencia de la devoción mariana en la liturgia, debemos añadir los momentos de oración personal en las que el monje solitariamente reza las devociones marianas, de hecho un

enérgico reformador cisterciense del S. XVII el abad de Ránce, quien creó la reforma conocida de la Trapa, y de la que son herederos la mayoría de las actuales comunidades cistercienses, confesaba a sus monjes “en cuanto mí se refiere, hermanos míos, os digo que considero como perdida y no bien vivida una jornada en la que no haya encontrado algún momento para recurrir a Ella, y encomendarle mi salvación”. San Bernardo escribió uno de los textos más hermosos de la mariología latina “Oh tú quien quiera que seas, el que en la impetuosa corriente de este mundo, te sientas fluctuar más bien entre borrascas que andar por tierra firme: no apartes tus ojos del resplandor de la estrella, sino quieres verte sumergido por las tempestades!. Si se levantan los vientos de las tempestades, si te ves arrojado contra los escollos de las tribulaciones, mira la estrella, invoca a María. Si eres agitado por las ondas de la soberbia, de la ambición, de la detracción o de la envidia, mira la estrella, invoca a María. Si la ira, la avaricia o la seducción carnal, sacuden con furia la navecilla de tu alma, vuelve tus ojos a María. Si turbado ante la enormidad de tus crímenes, o aturdido por la deformidad de tu conciencia, o aterrado por el pavor del juicio, comienza a engullirte el abismo de la tristeza o el infierno de la desesperación, piensa en María. En los peligros, en las angustias, en las dudas, piensa en María, invoca a María. No se aparte de tu boca, no se aparte de tu corazón; y para conseguir los sufragios de su intercesión, no te apartes de los ejemplos de su vida. Si la sigues no desviarás, si recurres a ella no desesperarás, si la recuerdas no caerás en el error. Si ella te tiende de la mano no caerás; si te protege, nada tendrás que temer; si te dejas conducir por ella, no te fatigarás, con su favor llegarás a puerto”.

Estas palabras pueden parecernos lejanas, San Bernardo en el S. XII y el abad de Rancé, en el S. XVII. Pero podemos traer el ejemplo de un joven de nuestro tiempo, llamado por algunos era pos-cristiana: Rafael Arnáiz, burgalés, que estudiaba arquitectura en el Madrid de los años 30; escuchó el canto de la Salve de los monjes cistercienses- trapenses de S. Isidro de Dueñas, esta experiencia cambió su vida. Poco tiempo después ingresó como monje y nos dejó escritas páginas llenas de amor mariano, tras su estancia en el monasterio escribió “en una trapa todo gira alrededor de Jesús y de la Virgen”, “... Virgen María tú me llevaste a la Trapa para que aprendiese a amar a tu Hijo... “. Hoy la Iglesia cuenta a este joven entre sus santos tras su canonización en octubre de 2009; todo su secreto fue encontrado en la Virgen su modelo de perfecta discípula de Cristo “no hay nada difícil para la Señora”, ni siquiera ser santo.

Así transcurre la vida habitual en la vida de un monje, hemos sacado a colación textos de distintas etapas de la vida cisterciense (S. Bernardo, de Rance y S. Rafael Arnáiz) para poner de relieve la importancia de la vida mariana en un claustro cisterciense, donde un pobre consagrado a Dios y a la Virgen recorre su itinerario vital junto con todo el mundo en una jornada llena de oración, trabajo, alegrías, fatigas, angustias, caídas,... y misericordia de Dios, mucha misericordia de Dios.



**Un monje cisterciense
Santa María de Oseira**

